

CASILLAS ALEJANDRINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



SAN FRANCISCO

I El Mercado.

Dos años y meses después de la conquista de México, cuando las costumbres de los naturales conservaban todavía su carácter primitivo, amaneció un día de gran conmoción para la ciudad de Tlaxcallan.

Velase entrar por todas las calles una muchedumbre afanosa que se iba aglomerando en la plaza principal, la cual sólo cedía en extensión á la de Tlalteolco.

Cuadrillas de comerciantes aztecas, llevando en hombros todo género de mercaderías y apoyándose en báculos como los vemos hasta ahora, pasaban por en-

17.2.0.0

tre los habitantes, platicando alegremente y congratulándose unos con otros por haber llegado al término del viaje.

Luego que ponían las plantas en el lugar que les correspondía en la plaza, ataban juntos en un solo haz todos los báculos y les tributaban adoración. Lo mismo habían hecho en la posada donde durmieron la noche precedente, sacándose, además, sangre dos ó tres veces en honor de los palos, en quienes veían la imagen de su dios Yacateuctli.

Concluía aquella ceremonia empezaban á descomponer sus fardos y á presentar á vista de los curiosos los varios objetos que traían á vender. Por aquí se ven con admiración joyas de oro y plata y pedrería, obra de los artífices de Atzacapotzalco, por allí telas de algodón con sus magníficos bordados, en este lugar obras de resplandeciente pluma, en aquel innumerables especies de animales así vivos como muertos, toda suerte de comestibles, polvo de oro y piedras preciosas, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales, unguentos, aceites, hebedas y otros medicamentos preparados por los médicos, toda clase de manufacturas y tejidos de hilo de maguey, de palma silvestre, de pelos de animales, y en una palabra, todos los productos naturales ó

artificiales que pueden servir á las necesidades de la vida, á la comodidad, á las delicias, á la vanidad ó á la curiosidad de los hombres.

He aquí el mercado ó el "tianquiztli" de la capital de la antigua república, patria del gran Xicotencatl.

Tlascalán, la Esparta del Continente americano, se enorgullecía justamente con reunir en su plaza un concurso que recordaba el de sus mejores tiempos; concurso que poblaba el mismo lugar cada cinco días, y le constituía en uno de los emporios de Anáhuac.

Pero en el día á que nos referimos, sobre ser extraordinaria la muchedumbre, hubo un motivo especial de curiosidad para moradores y forasteros. Dominando el sol la sombría sierra donde se adoraba á Matlalcueye, diosa de las aguas, acercábase al meridiano: sus rayos herían las olas caprichosas del río que atraviesa la ciudad, naciendo en Atzompa y rodando por los Estados de Puebla, Guerrero y Michoacán con los nombres de Atoyac, Río Poblano, de las Balsas y Mexcala hasta desembocar en el Pacífico, cerca de Zacatula. Era el momento de mayor tráfico; las voces de todos los concurrentes formaban un murmullo sordo y monótono, como el rumor de

las olas de un lago alborotadas á impulso del aquilón. Entre tanto, sallan del palacio de Maxiscatzin, uno de los principales señores de la República, algunos extranjeros recién llegados, que por su vestido y el semblante á la vez melancólico y afable, no tenían, al parecer, nada de común con los terribles conquistadores.

Los naturales, que ya estaban familiarizados con la vista de éstos, quedaron atónitos á la presencia de aquellos hombres de porte singular, que en una lengua extraña les hablaban con entusiasmo, señalándoles el cielo y procurando hacerles comprender el misterioso sentido de sus discursos. Olas de gentes los seguían por donde quiera. Todas las miradas expresaban esta pregunta: "¿quiénes son estos nuevos huéspedes?" Algunos de los jóvenes más gallardos de la población, formando corros en los parajes menos frecuentados, relan y cuchicheaban entre sí al verlos pasar; otros se mezclaban á la gente que se detenía á escucharlos cuando hablaban, y no comprendiendo ninguna de sus palabras, mirándose unos á otros, se decían:

—¿Qué hacen estos pobres miserables que tantas voces están dando?

—Mírese, decía alguno con sarcasmo,

si tienen hambre: deben ser enfermos ó estar locos.

—Dejadlos vocear, decía otro con aire de maligna indiferencia, que les debe haber tomado su mal de locura: pásenlo como pudieren y no les hagan mal, que al cabo de ello morirán.

—¿Y no hebéis notado, preguntaba uno dirigiéndose á sus compañeros, cómo desde que están entre nosotros á medio día y á media noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran?

Sin duda, contestaban todos sonriendo, es grande su mal, porque no buscan placer, sino tristeza.

Durante esta conversación, sostenida en "nahuatl," que era la lengua más culta, melodiosa y expresiva de los antiguos tlaxcaltecas, nuestros huéspedes nada entendían, sino por medio de intérprete. Uno de ellos, sin embargo, al oír la palabra "motolinia" creyó adivinar, bien por lo mucho que jugaba en la expresión, bien por el tono y manera con que se pronunciaba, que debía envolver una idea altamente significativa, y tal vez referente á ellos mismos. Ardiendo en deseo de cerciorarse, pregunta al intérprete qué significa ese vocablo.

—"Motolinia," contestó su interlocutor, quiere decir "pobre, infeliz, desdichado"....

—¡Qué me place! repuso el recién venido: quiero empezar á aprender la lengua de estos reinos; éste es el primer vocable que sé, y porque no se me olvide, él será de aquí en adelante mi nombre.

El sujeto que tal decía era conocido con el nombre de Fr. Toribio Paredes, ó de Benavente, y después, abreviando, se llamó Matolinia, Fr. Toribio.

II

La llegada á México.

¿Por qué tanto júbilo, por qué tantos preparativos de fiesta? Los ávidos conquistadores dejan hoy de pensar en el oro y en el embellecimiento de sus moradas; los infelices indios descansan de las faenas á que los obliga la codicia y el regalo de sus nuevos señores.... ¡Tenochtitlán, no todos los días pertenecen al llanto! ¡No siempre el dolor es insaciable, y alguna vez se olvida de exigir al mortal sus ofrendas de amargura! ¡Aprovecha la tregua que te concede el destino, que tal vez no se repita, sino después de algunos siglos!....

Las calles están aseadas con primor, y

todas las flores de las "chinampas," regadas en el suelo, alegran la vista con sus brillantes matices, y el olfato, con sus olores exquisitos. Ricas gasas y damascos adornan las ventanas de los edificios; cuelgan de las azoteas mil flámulas y gallardetes, y la ciudad toda, vestida de pompa y regocijo, parece una reina, en el acto de su coronación.

¡Cielo de México! ¡cielo incomparable! ¡cuán bella es tu luz, qué primorosos tus celajes! El sol se levanta señoreando la cordillera, como un ser superior ante quien son nada las demás grandezas; su luz se difunde por el espacio, acariciando las cumbres de Popocatépetl, de Ixtacihuatl y de Ajusco, reflejando en las lagunas del valle y en sus frondosos árboles, de donde hace brotar centellas apacibles de cada hoja, y de toda la copa un aureola mágica.

¿Mas, qué rumor circula por los aires?

—¡Ya llegaron!

¡Ya vienen por la calzada!

—Pronto los saludaremos en nuestros hogares.

—¡Bien venidos los enviados de Dios!

Tales son las expresiones que, con otras del mismo género, cruzan el ambiente, medio envueltas en la continua vocería. Algunos minutos después, los extranjeros singulares, los hombres mis-

teriosos, á quienes dejamos hace poco en Tlaxcala, pisan las calles de la capital, rodeados de prestigio y siendo el blanco de las aclamaciones de todos los habitantes. Cortés y los demás conquistadores, en compañía de los restos de la antigua nobleza mexicana, les salen al encuentro, llenos de alborozo; póstranse en su presencia; toman sus manos entre las suyas y las llevan á los labios, en un arrebato de cariño entrañable. En esta escena solemne, que contemplan absortos los naturales, calla la lengua y hablan los corazones y las lágrimas, lágrimas que no arranca el dolor, lágrimas que hacen nacer el exceso de la dicha.

Después de este encuentro, verificado en un lugar de los suburbios, siguen los extranjeros, con la comitiva, en procesión, hasta el centro de la ciudad, donde no se oyen sino los vivas de la muchedumbre y los suaves acentos de la música. ¿Quiénes son estos huéspedes, tan poco parecidos al feroz guerrero, y á quienes se tributan honores divinos? ¿De dónde vienen? ¿Qué objeto, qué ambición ha dirigido sus pasos hacia las regiones de Occidente? ¿Ni traen ejércitos, ni procuran granjearse aliados! Vienen solos, y á pie caminan, su única compañía es la pobreza, un toscó sayal es su

vestido; sus armas, la oración; su tesoro las virtudes, su aspiración el cielo.

Y sin embargo, toman posesión de esta tierra como señores, como si para ellos hubiera sido conquistada. Ved á los bruscos capitanes, sumisos á sus piés, tender las capas en el suelo para que sobre ellas pasen. ¡Y cuánto más valen estos hombres modestos, de palabra insinuante, de modales atractivos, de corazón puro y rectas intenciones! ¡Moradores de Anáhuac! ¿no os parece ver en ellos algo de divino? ¿no es cierto que resplandece en sus frentes una luz celestial?

¡Pueblos recién conquistados y mal avenidos con el yugo que os oprime, saludad á vuestros protectores! Ved aquí el amparo de vuestros hijos, la guía de su corazón, la luz de su inteligencia. ¡Ved aquí á los hombres de corazón limpio que os dirán la verdad, que velarán por vuestra dicha, que os enseñarán las artes, y que serán el antemural de vuestra vida, donde se estrellen los tiros del despotismo exacerbado por la codicia! Si vuestra raza se ha de salvar de la destrucción que la amenaza, será por ellos. ¡Ellos son la compensación que os da la Providencia por tantos males, por tanta degradación como sobrevendrán á la conquista! ¡Hijos de México, abrid los brazos para recibir en vuestro corazón á

los santos misioneros, á los humildes religiosos de San Francisco!

III.

Mirada retrospectiva.

Deseaba el Emperador Carlos V, que la nación mexicana, hacía poco adquirida para su corona, lo fuese igualmente para la religión de Jesucristo. Con esta mira, solicitó del Papa Adriano VI, plenísima autoridad para enviar á América misioneros apostólicos, que, como delegados de la Santa Sede, y con gran suma de poder y facultades, pudiesen proveer á todos los asuntos espirituales que ocurriesen en regiones tan lejanas. La solicitud se contraía especialmente á los hijos de la orden seráfica.

Accedió el Pontífice á tan justa demanda, y como ya León X había expedido una bula por la cual se otorgaba lo que ahora pretendía el Emperador, todo lo que había que hacer era confirmarla, como lo verificó S. S. en 9 de Mayo de 1522, facultando ampliamente á todos los religiosos de las órdenes mendicantes, y singularmente á los franciscanos, para predicar el Evangelio en los países recién descubiertos. En el archivo de San Fran-

cisco, de México, se conservaba esta bula, que en lugar de sobrescrito tiene este título: "Carissimo in Christo Filio nostro Carolo Quinto, Romanorum Imperatori." El compendio de su contenido, según Torquemada, es el siguiente:

"Lo primero, concede en ella (el Pontífice) que todos los frailes mendicantes (en especial de los frailes menores, como á los primeros, en cuyas personas se concedía) que fueren nombrados por sus Prelados para esta obra, y ellos, movidos con espíritu de Dios, voluntariamente se quisieren ofrecer al trabajo, para efecto de convertir y doctrinar en la fe á los indios, pusieron lícita y libremente pasar á estas partes, con tal que á Su Majestad ó real consejo parezcan idóneos en su vida y doctrina, para tan alta obra. Y para esto encarga la conciencia de los superiores que los hubieren de nombrar y darles licencia, que los elijan tales. Y á los así nombrados y señalados, después que ellos voluntariamente se hayan ofrecido, les manda, por el mérito de la santa obediencia, que cumplan el viaje y la obra á que son enviados, á ejemplo de los discípulos de Cristo, y les da su apostólica bendición, y so pena de excomunicación "ipso facto incurrenda," manda que ninguno sea osado de impedirselo, por ninguna vía.

“Otrosí: concede en la misma bula, que los Prelados de las órdenes en estas partes de Indias, y los otros frailes á quienes ellos lo cometieren, tengan toda autoridad plena del Sumo Pontífice, tanta cuanta á ellos les pareciese ser conveniente para la conversión de los indios, y para su manutención y aprovechamiento de ellos y de los demás cristianos en la fe católica y en la obediencia de la Santa Iglesia de Roma. Y que esta autoridad tengan así para con sus frailes y otros de cualquier orden que acá estuvieren diputados para la tal obra, y para los indios convertidos á la fe, como también para los demás cristianos que para ejercitar la tal obra les tuvieren compañía. Y que se extienda esta autoridad para ejercer también todos los actos episcopales que no requieren orden episcopal (con tal que usen de esta autoridad, tan solamente en las partes adonde no hubiere Obispos), y adonde los hubiere, usen de ella cuando dentro de dos dietas (que son dos jornadas comunes) no se pudiese haber la presencia del Obispo ó de sus oficiales. Y además de esto, confirma y de nuevo concede en la dicha bula, todos los indultos que sus predecesores concedieron, y los que sus sucesores después de él, concedieren á los frailes que están ó vienen á estas par-

tes, para que libre y lícitamente usen y gocen de todos ellos.”

Dado este paso, nombróse para la misión de las Indias Occidentales al V. padre Fr. Francisco de los Angeles; mas habiendo sido electo Ministro general de la orden el año de 1523, no pudieron tener efecto por entonces ni la bula de León X, ni la que se acaba de extractar. Lo tuvieron, sin embargo, algún tiempo después, cuando para substituir al P. Fray Francisco, se nombró al sujeto más digno, al ilustre superior de la provincia de San Gabriel, en la cual se guardaba en toda su pureza y severidad la regla de San Francisco: ese sujeto no era otro que el venerable Fray Martín de Valencia.

Exonerado del cargo de provincial, y con el título de comisario de la nueva custodia, del todo independiente de las provincias de España, se dispuso la partida de este religioso á las tierras recién conquistadas, con otros doce compañeros, dignos de vivir en la memoria y gratitud de la nación mexicana. Estos fueron los siguientes:

SACERDOTES.

Fray Francisco de Soto,
Fray Martín y
Fray José de la Coruña,

Fray Juan Juárez,
Fray Antonio de Ciudad-Rodrigo,
Fray Toribio de Benavente,
Fray García de Cisneros,
Fray Luis de Fuensalida,
Fray Juan de Rivas, y
Fray Francisco Jiménez, corista.

LEGOS.

Fray Andrés de Córdoba, y
Fray Bernardino de la Torre.

El número de los religiosos que componían este nuevo apostolado, iba á quedar incompleto, con la separación de Fr. José de la Coruña, motivada por ciertos despachos que debían traerse á Indias, y que fué menester recoger en la Corte; pero ocupó el lugar de este religioso, Fr. Juan de Palos, que se les agregó en San Lúcar de Barrameda, en donde se embarcaron el 25 de Enero de 1524, día de la conversión del apóstol San Pablo.

Después de una navegación larga y molesta, arribaron los insignes expedicionarios á San Juan de Ulúa, el 13 de Mayo del mismo año, y en el propio día, pisaron las playas de Veracruz, donde los esperaba Juan de Villagómez, criado de Cortés, para felicitarlos y agasajarlos á nombre de su amo. Ellos, sin embargo,

rehusando las comodidades, y regalo que se les ofrecían, emprendieron su camino hacia la capital, á pie y descalzos, como verdaderos alumnos de Jesucristo, causando admiración en todas las poblaciones por donde pasaban, hasta llegar á Tlaxcala, y después á México, que llena de júbilo los recibió en su seno con la pompa que hemos descrito.

IV.

Convento Primitivo.

No se sabe de cierto el día en que nuestros frailes hicieron su entrada en la capital, si bien se conjetura que fué el 18 de Junio del mismo año de su arribo á Veracruz, esto es, el de 1524. Reina la misma incertidumbre en orden al sitio donde tuvieron su primera morada. Hay quien afirme que ésta ocupó una parte del palacio vulgarmente conocido por "de las fieras," que era un jardín donde los reyes aztecas, y en especial Moteuczoma, conservaban á gran costa un museo viviente de historia natural, compuesto de fieras de todas clases, peces raros que mantenían en estanques, y aves gallardas de cuya pluma se fabricaban esos

vestidos y dibujos que tanto admiraron los europeos; otros, como el padre Veltancur, de acuerdo con Torquemada, dicen resueltamente que el primer monasterio se edificó donde ahora está la Catedral, añadiendo que su iglesia fué, asimismo, la primer parroquia que hubo en México.

Pero lo más probable y que resulta de un examen minucioso, es, que de Junio del año de 1524 á 2 de Mayo de 1525, hubo dos monasterios de San Francisco, uno provisional, cuya verdadera situación se ignora, y el llamado en los libros de cabildo "San Francisco el nuevo." Este, según toda apariencia de verdad, estuvo en la calle de Santa Teresa, en un sitio contiguo á la casa que forma la esquina de la calle del Reloj y de la antes mencionada; y no estando destinada á servir definitivamente de habitación á los religiosos, es creíble que su fábrica sería de escasas dimensiones, especialmente la iglesia, que se reduciría á un pequeño oratorio, por el estilo del que tenía Cortés en su palacio.

Estas indicaciones con respecto al número y situación de las primeras moradas de los franciscanos, están fundadas, principalmente, en un pasaje del "Diccionario de historia y geografía," que parece ser el resultado de una investigación no me-

nos exacta que curiosa. En él hallamos establecida la distinción como nosotros la reconocemos, entre San Francisco el viejo y San Francisco el nuevo; de manera que, según su contexto, podemos concluir, que los religiosos tuvieron dos casas antes de establecerse en el convento grande.

No faltan, sin embargo, autores que difieren de este sentir, entre otros, Alaman, que en sus "Disertaciones" declara de la manera más terminante, que los franciscanos no tuvieron más de dos conventos, entendiéndolo por San Francisco el nuevo, el que existió hasta nuestros días.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que los religiosos, desde los primeros días á su llegada, empezaron á dedicarse á sus apostólicas tareas, con un celo que los honrará eternamente en la memoria de los hombres. Encontráronse en el país con otros cinco piadosos colaboradores, que los habían precedido en el apostolado desde el principio de la conquista, ó poco tiempo después, y reunidos todos, ya no formaron más que un solo cuerpo: tres de esos religiosos eran Fr. Juan de Tecto, Fr. Juan de Aora, y el amable y virtuoso Fr. Pedro de Gante, flamencos el primero y el último. La historia acaso ha sido injusta al callar los nombres de los demás.

Reforzada de esta suerte la benéfica milicia, empezó á luchar contra los estorbos que se oponían á su paso en la difícil senda de la predicación: el idioma de los naturales fué, desde luego, el objeto de su atención y de su más asiduo estudio. Los frailes recién llegados se valían, para aprenderlo, de los conocimientos adquiridos por los individuos de su orden, que habían pisado antes nuestro suelo, y más todavía, de los niños mexicanos, cuya natural viveza aprovecharon no sólo para este objeto, sino para otro de mayor estima, cual fué la propagación de la doctrina evangélica por todas las clases de la sociedad azteca.

Señalóse también este primer período de la existencia de la orden franciscana en nuestro país, por un hecho importante que afianzó la buena dirección de las futuras empresas de los religiosos, y cuyo inmediato resultado fué el concierto de las voluntades de todos para someterse á un jefe: tal fué el primer capítulo celebrado en 2 de Julio del mismo año de 1524, en que salió electo custodio el V. P. Valencia.

De aquí propiamente toman principio las tareas apostólicas de nuestros misioneros. Repártense de cuatro en cuatro por las ciudades principales, como eran entonces Texcoco, Tlaxcala y Huetxot-

zincó, ufanos con salir á sembrar entre los idólatras la semilla de la divina palabra. Si remontándonos con el pensamiento hasta esa época de transformación, asistimos á la partida de los obremos evangélicos, ¡cómo admiramos en ellos el sublime privilegio que goza la verdad en sus conquistas, jamás compradas con devastación ni llanto! Vémoslos caminar á pie y sin séquito, con una cruz en la mano y la vista fija en el horizonte; la esperanza los sostiene, les comunica valor la caridad, y los protege la conciencia: ¡fuertes colonos que salen de la capital para internarse en un país desconocido, y que no han menester más guía que su celo, ni más intérprete que un niño!

Entre tanto, Fr. Martín de Valencia, á quien con otros cuatro religiosos tocó, según era natural, quedarse en México, seguía entendiendo en la conversión de los naturales al cristianismo. Habitaron en el convento situado en la calle de Santa Teresa, poco menos de un año, hasta que se pasaron al actual, cuya construcción tuvo principio, según todas las probabilidades, á poco tiempo después de su llegada. Hízose á expensas de Cortés, quien, por esta razón, tuvo el patronato del mismo, y se dedicó al patriarca de la orden, San Francisco. Mas reservando

tratar de este monasterio en otra parte, con la detención que merece, procuremos estudiar los tiempos en que floreció la religión franciscana en nuestra patria, penetrando en el santuario de la vida de sus fundadores. La existencia y las glorias del instituto se reflejan en los hechos de sus hijos.

V.

Fray Martín de Valencia.

L.

Rezaban maitines en el coro los religiosos de Santa María del Hoyo, en Extremadura, y cuando ya terminados los salmos era llegada la hora de las lecciones, levantándose de su asiento un fraile, en cuyo rostro se pintaba la austeridad de costumbres, se encaminó al púlpito, desde donde aquéllas se recitaban. Un momento después, leía en voz apenas perceptible, un fragmento de las profecías de Isaías, cuya lectura no puede menos de elevar á la alma en alas de la contemplación, á las regiones del entusiasmo y del misterio.

Poco á poco iba el fraile levantando la

voz al recitar la lección sagrada, hasta que, llegando á cierto pasaje, en que pareció deleitarse singularmente, como sabiendo fuera de sí y lleno de júbilo, se interrumpió, exclamando: “¡Loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo, loado sea Jesucristo!”

A estas palabras, proferidas casi á gritos, creyendo los demás religiosos que el lector se volvía loco, le tomaron del púlpito, le llevaron á una celda, y enclavando la ventana y cerrando la puerta por defuera, se dirigieron al coro á terminar los maitines.

Entre tanto, aquel religioso singular permaneció atónito en la cárcel, donde se le había dejado, pasando en ella todo lo restante de la noche. En amaneciendo, volvió en sí; mas como se viese en tinieblas, quiso abrir la puerta ó la ventana, y no lográndolo, atinó desde luego con lo que le había sucedido, sonriendo al pensar en el temor que sus hermanos parecían haber abrigado, de que como loco, no se arrojase por la ventana.

Viéndose así encerrado, determinó aguardar pacientemente á que se cerciorasen que no lo merecía, y entre tanto, puesto de rodillas oraba con fervor, exclamando á veces: “¡Oh! ¿y cuándo será esto? ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿No sería yo digno de ver este con-